

Javier Negrete

LA CONQUISTA  
ROMANA  
DE HISPANIA

*Ilustraciones de*  
Sandra Delgado

la esfera  de los libros

# Índice

<i>Introducción</i> .....	11
I. LOS CARTAGINESES EN HISPANIA .....	15
El origen del Imperio cartaginés en Hispania .....	15
Fenicios y cartagineses en Hispania .....	20
Amílcar en Hispania .....	22
Conquistadores e imperialistas: ¿solo los romanos? .....	29
La primera embajada romana a Hispania .....	32
El final de Amílcar .....	33
Asdrúbal y Cartago Nova .....	35
El tratado del Ebro .....	38
II. ANÍBAL Y EL ORIGEN DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA .....	43
El ascenso de Aníbal .....	43
Las primeras campañas de Aníbal .....	46
La cuestión de Sagunto .....	48
La declaración de guerra .....	58
III. HISPANIA, CAMPO DE BATALLA ENTRE ROMAY CARTAGO .....	61
El inicio de la Segunda Guerra Púnica .....	61
Los Escipiones en Hispania .....	68
Desastre en el sur .....	72

IV. LA HORA DE ESCIPIÓN .....	81
Una nueva esperanza .....	81
La campaña de Cartago Nova .....	85
El botín de Cartago Nova .....	96
La batalla de Baécula .....	100
La batalla de Ilipa .....	109
V. LOS NUEVOS CONQUISTADORES.....	117
La represión de Escipión .....	117
Primeras revueltas contra Roma: Indíbil y Mandonio .....	123
La última rebelión de Indíbil .....	128
Las dos nuevas provincias .....	131
Las campañas de Catón .....	135
Los pactos de Sempronio .....	139
VI. VIRIATO Y LUSITANIA .....	145
Los lusitanos .....	145
Primeras campañas de Roma contra los lusitanos .....	150
La perfidia de Galba .....	151
Un líder para los lusitanos .....	153
La boda de Viriato .....	158
El auge de Viriato .....	160
Revuelta general .....	165
«Roma no paga traidores» .....	167
El mito de Viriato .....	171
VII. NUMANCIA Y LA GUERRA CELTIBÉRICA .....	173
Los celtíberos .....	173
La cuestión de Segeda .....	174
El elefante de Nobílior .....	177
La guerra personal de Lúculo .....	184
El sitio de Intercacia .....	191
La guerra se reanuda .....	195
La humillación de Mancino .....	198

La hora de Escipión Emiliano .....	200
El último asedio .....	206
VIII. LAS CAMPAÑAS DE JUNIO BRUTO .....	213
Más allá del Río del Olvido .....	213
IX. HISPANIA ENTRE NUMANCIA Y LAS GUERRAS CIVILES .....	219
Medio siglo de oscuridad .....	219
X. LA GUERRA DE SERTORIO .....	225
El superviviente de Arausio .....	225
Las vicisitudes de Sertorio .....	228
Un líder para los hispanos .....	232
La llegada de Metelo .....	234
La estrella de Sertorio en ascenso .....	237
Pompeyo entra en escena .....	243
La batalla de Lauro .....	246
Las tornas empiezan a cambiar .....	250
El declive de Sertorio .....	253
XI. CÉSAR EN HISPANIA .....	259
Las magistraturas de César en Hispania .....	259
El origen de la guerra civil .....	265
La batalla de Ilerda .....	270
La batalla de Munda .....	277
XII. CÁNTABROS Y ASTURES: LA CAMPAÑA FINAL ....	287
El ascenso de Octavio .....	287
Las guerras cántabras .....	289
<i>Epílogo</i> .....	289

**PUEBLOS Y LENGUAS PRERROMANAS EN HISPANIA (II a. C.)**



**FASES DE LA CONQUISTA ROMANA DE HISPANIA**



## Introducción

**E**n el verano del año 218 antes de Cristo<sup>1</sup> una flota arribó a la ciudad de Emporió (Ampurias), en la actual provincia de Gerona. Venía costeando desde la desembocadura del Ródano y estaba compuesta por trirremes y quinquerremes, las naves de guerra de la Antigüedad: unos barcos alargados como gigantescas piraguas, con las proas reforzadas por espolones de bronce que servían para abrir boquetes en las naves enemigas. Viajaban a vela cuando el tiempo era favorable y a fuerza de remo las más de las veces. Los acompañaban también decenas de barcos de transporte, cargueros panzudos propulsados por la fuerza del viento.

Pero lo más importante no era la flota en sí, sino el cargamento que transportaba.

Soldados romanos.

Puesto que son protagonistas importantes de esta historia —aunque no los únicos—, conviene examinar de cerca a los más de veinte mil hombres que desembarcaron en Ampurias. Se trataba de un ejército consular formado por dos legiones de ciudadanos romanos y dos *alae* o alas, unidades similares a las anteriores pero compuestas por aliados de Italia. Cada legión contaba con una pequeña fuerza de caballería y entre mil y mil doscientos vélites, soldados de infantería ligera armados con jabalinas y protegidos con pequeños escudos circulares.

---

<sup>1</sup> A partir de ahora, puesto que prácticamente todas las fechas son antes de Cristo, me limitaré a indicar el año.

El núcleo «duro» de las legiones lo constituía la infantería pesada o de línea, que constaba de tres líneas de legionarios. En la primera se desplegaban los soldados más jóvenes, conocidos como astados (*hasta-ti*), y en la segunda los príncipes (*principes*). Unos y otros estaban dotados de un equipo similar. Como defensa, contaban con un gran escudo de forma ovalada y un blindaje corporal que variaba desde simples pectorales hasta elaboradas cotas de malla. Como armas ofensivas, tenían el famoso *pilum* —un proyectil con asta de madera y una larga vara de hierro rematada en punta piramidal— y el *gladius* o espada recta, que empezó siendo corta, pero aumentó su longitud durante la época que nos ocupa. Precisamente se conoció a esta arma como *hispaniensis* por la influencia en ella de los diseños hispanos.

Detrás de estas dos líneas se desplegaba una tercera de veteranos, los triarios (*triarii*), que en lugar del *pilum* empuñaban una lanza no arrojadiza al estilo más tradicional de las falanges griegas. En teoría, sumando unos y otros, una legión con sus efectivos completos contaba con mil doscientos astados, otros tantos príncipes y seiscientos triarios, para un total de cuatro mil quinientos combatientes entre infantería pesada, ligera y caballería.

Las tres líneas se subdividían en unidades menores, manípulos y centurias, sumamente manejables. Contaban asimismo con un sistema de relevos muy entrenado que permitía descansar a los legionarios y enviar tropas de refresco a la primera línea de batalla. Añadamos a eso los estandartes, signos sagrados que servían para que cada soldado reconociera su puesto en la batalla y también para alimentar el espíritu de cuerpo; un cuadro de mandos muy estructurado que mantenía una disciplina férrea; y un armamento más homogéneo y de mayor calidad que el de otros ejércitos. Todo ello componía la máquina de guerra que había derrotado al gran Pirro, rey del Epiro, y a la poderosa Cartago en la Primera Guerra Púnica. Una máquina que, después de largos siglos de luchas en Italia, empezaba a expandirse fuera de su península: primero en Sicilia, y después en Córcega y Cerdeña.

Y en 218, nuestra península. En aquel año las botas claveteadas de los legionarios, las célebres caligas, pisaron por primera vez el territorio que ellos conocían como Hispania.



*Evolución de la panoplia romana desde el siglo III a. C. (arriba a la izquierda) hasta las guerras cántabras (27-19 a. C.).*

Las caligas romanas seguirían pisando estas tierras más de seis siglos. Durante ese largo periodo los soldados —y también los contingentes posteriores de colonos, mercaderes, funcionarios e ingenieros que los siguieron— fundaron ciudades, extendieron el uso de su idioma, el latín, y construyeron calzadas, acueductos, templos, baños públicos, teatros y anfiteatros.

Los romanos no eran precisamente una ONG benéfica. También masacraron, robaron y extorsionaron. Incluso destruyeron montañas enteras con tal de arrancarle a la tierra sus tesoros, como en las Médulas. Juzgar hoy día si su presencia fue positiva o no resulta complicado: tendríamos que saber qué habría ocurrido si los romanos no hubiesen conquistado Hispania. ¿Se habría convertido en provincia de Cartago? ¿La cultura ibérica habría evolucionado hasta crear su propio Estado? Imposible saberlo.

Este libro no pretende ser un juicio, sino un relato. El relato de cómo los romanos conquistaron Hispania; o las Hispanias, ya que dividieron la península en varias provincias para administrarla y explotarla mejor.

Pero las historias rara vez empiezan por lo que parece ser su principio. En el caso de esta, para comprender qué trajo a los romanos al país que ellos conocían como Hispania y los griegos como Iberia, tenemos que retroceder casi veinte años.

# I

## LOS CARTAGINESES EN HISPANIA

### **El origen del Imperio cartaginés en Hispania**

En el año 237, en la ciudad de Cartago, situada en el actual país de Túnez, el general Amílcar Barca recibió de su Senado, el *adirim*, el mando de una poderosa expedición militar. Su objetivo: el sur de la Península Ibérica.

Una península a la que no está demasiado claro cómo llamaban los cartagineses, puesto que apenas nos han llegado textos escritos por ellos. Conforme a la teoría más extendida, se referían a ella como *Ishephanim*, «costa de los conejos», por la abundancia de este animal. Hay que precisar que la palabra usada por ellos —si es que la usaban— se habría referido al damán, un roedor típico de Fenicia, que era lo más parecido que ellos conocían a un conejo. Según otra hipótesis, la habrían llamado *Ispanya*, que podría significar o bien «tierra del norte» o bien «costa de los metales».

Más tarde, los romanos adoptaron de oído uno de estos dos nombres, o incluso alguna otra variante local, y lo convirtieron en *Hispania*, término que sí que está de sobra atestiguado. *Hispania*, por evolución fonética del castellano, se convirtió en el nombre actual de España. En este libro, por comodidad, utilizaré el nombre de *Hispania* y el gentilicio «hispano» incluso cuando hable desde el punto de vista griego o cartaginés. En un contexto puramente griego sería más correcto el uso de *Iberia*, pero como digo me limitaré al término *Hispania* por evitar confusiones.

Volvamos a los cartagineses, también conocidos como púnicos. ¿Qué se les había perdido en *Hispania*?

De pérdidas precisamente se trataba, y de cómo compensarlas.

Entre los años 264 y 241, cartagineses y romanos se habían enfrentado en la Primera Guerra Púnica. El conflicto resultó extremadamente cruento: Roma perdió setecientos barcos de guerra y al menos doscientos cincuenta mil combatientes, y las bajas de Cartago debieron de ser similares.

La diferencia entre ambas potencias estribaba en que Roma parecía capaz de sobreponerse a los desastres reclutando ejércitos y construyendo flotas sin cesar. En cambio, los cartagineses acusaban más que sus adversarios cada golpe que recibían. Al final, tras sufrir una desastrosa derrota en la batalla naval de las islas Égates, perdieron la voluntad de seguir luchando. Como resultado, en 241 le entregaron al general Amílcar Barca plenos poderes para negociar la paz.

En su idioma, el nombre de este personaje era *ḥmqlrt Brq* (los cartagineses, como los demás semitas, omitían las vocales al escribir). El primer nombre, «hermano de Melkart», era muy frecuente entre los cartagineses. El segundo es un epíteto que significa «relámpago»; probablemente se debía a los ataques sorpresa que Amílcar y sus tropas lanzaban contra los romanos desde su base montañosa en Hercte (Sicilia). Del mismo modo que se heredaban los nombres honoríficos ganados por los generales romanos tras sus victorias, los *cognomina ex virtute* (Africano, Macedónico, Británico, etc.), el epíteto de Amílcar se transmitió a sus descendientes, conocidos como los Bárquidas o Bârcidas.

Amílcar, que al final de la guerra tenía poco más de treinta años, era reacio a rendirse. Pero los éxitos terrestres que había cosechado en la isla de Sicilia no compensaban las derrotas navales sufridas por otros generales. No le quedó otro remedio sino obedecer la orden del *adirim* y negociar la paz con una comisión de diez enviados romanos, decenviros nombrados a tal efecto.

Las condiciones fueron duras, aunque no tanto como en otras guerras en las que Roma simplemente se anexionaba a su enemigo derrotado: a Cartago se le permitió conservar fuerzas suficientes como para mantener su independencia. No obstante, tuvo que evacuar Sicilia, isla cuya parte occidental había dominado durante más de tres si-

glos. También se vio obligada a devolver a Roma los prisioneros de guerra sin cobrar rescate y a pagar por recuperar a los suyos.

El tratado suponía algo más que un armisticio. Ambos estados firmaron un pacto de amistad por el que se comprometían a respetar los dominios del otro bando. Quedaba prohibido cobrar tributos en territorios ajenos, así como construir edificios públicos, reclutar mercenarios o entrar con armas en dichos territorios.

No obstante, no dejaba de ser una paz asimétrica. Cartago debía entregar a Roma en el acto una indemnización de mil talentos, más otros mil doscientos pagaderos en diez o en veinte años, según las fuentes. Eran unas cien toneladas de plata, una cifra más que respetable en una época mucho menos monetizada que la nuestra.

Sin duda, Amílcar rechinó los dientes de rabia al estampar su firma en este tratado. Estaba convencido de que, merced a su talento como estratega, podría haber derrotado a los romanos. Aquella espina clavada debió de dolerle tanto como en la Primera Guerra Mundial les dolió la rendición a los generales alemanes que querían seguir luchando; una sensación de frustración que Hitler aprovechó para alimentar el mito de la «puñalada en la espalda» y que sirvió como combustible para la Segunda Guerra Mundial.

¿Estuvo la frustración que experimentaban Amílcar y su entorno en el origen de la Segunda Guerra Púnica? Es más que posible, aunque evidentemente no fue la única causa.

Apenas terminada la guerra, de regreso en África, muchos de los mercenarios que habían servido con Amílcar se rebelaron contra Cartago reclamando pagas atrasadas. Aquel conflicto, conocido como la Guerra sin Tregua, fue tan sangriento y cruel que escandalizó a los historiadores de la Antigüedad.

No hablamos de personas criadas con *Bambi* de Walt Disney, sino de gente acostumbrada a vivir en un mundo infinitamente más duro y despiadado que el nuestro. Sin embargo, al narrar cómo los mercenarios rebeldes ejecutaron a setecientos prisioneros cartagineses cortándoles manos, narices, orejas y genitales, quebrándoles las piernas y arrojándolos a morir a una fosa, el historiador Polibio no pudo evitar comentar: «A veces nacen en las almas podredumbres y gangrenas tales

que logran que entre los seres vivos no haya ninguno más impío ni más cruel que el ser humano» (1.81.7).

El ejército mercenario llegó a contar con cincuenta mil soldados y puso en peligro la mismísima supervivencia de Cartago. Esta recurrió de nuevo a Amílcar, que se enfrentó contra los rebeldes reclutando tropas entre los ciudadanos cartagineses. A pesar de hallarse en inferioridad numérica, el gran general púnico consiguió derrotarlos a fuerza de talento, disciplina, astucia y algo de suerte.

Pese a que Cartago había sobrevivido a esta crisis, todavía le esperaban nuevos sinsabores. Otra revuelta de mercenarios, esta vez en Cerdeña, provocó la intervención de los romanos en el año 239. Sin entrar en más detalles, Roma arrebató a Cartago de forma tramposa sus posesiones en Cerdeña y Córcega, pese a que estas islas no entraban en el tratado de paz.

Si existía alguna posibilidad de que el pacto firmado tras la guerra diera origen a una verdadera amistad entre ambas potencias, lo ocurrido en Cerdeña la abortó. Esta crisis no solo agravó la desconfianza entre púnicos y romanos, sino que decidió el destino posterior de Hispania.



¿Qué hizo que los cartagineses, probablemente incitados por Amílcar Barca, se lanzaran a conquistar un imperio en nuestra península, que en aquella época se hallaba en el extremo más alejado del mundo civilizado? Seguramente reflexionaron sobre por qué habían perdido la guerra contra Roma, y también acerca de los motivos que habían provocado las revueltas de sus mercenarios.

Roma había combatido en la Primera Guerra Púnica basándose en los recursos de Italia, tanto en los económicos como, sobre todo, en los humanos. Entre ciudadanos y aliados, la base de reclutamiento posible de la República se elevaba a unos setecientos cincuenta mil hombres. La razón principal de tal abundancia es que Roma era mucho más generosa con los derechos de ciudadanía que otros estados de la Antigüedad.

Obviamente, esos setecientos cincuenta mil reclutas potenciales no entraron jamás en combate de forma simultánea. Eso habría supuesto abandonar las tierras de cultivo y, además, habría resultado imposible alimentar y equipar a tantas tropas. Pero esa base, ese poder humano o *manpower*, significaba que Roma podía recuperarse de sus derrotas, por terribles que fuesen, en muy poco tiempo.

El poderío militar cartaginés, en cambio, dependía en gran proporción del uso de mercenarios. Tal como había descubierto el gran general Pirro en su guerra contra los romanos (guerra que perdió pese a vencerlos en dos batallas), los mercenarios resultaban caros de mantener y difíciles de reemplazar. Además eran poco fiables, podría haber añadido el propio Amílcar, que se había visto obligado a combatir contra muchos de los soldados de fortuna que habían servido bajo sus órdenes.

Si quería recuperarse de los daños sufridos y ponerse a la altura de su rival, Cartago debía reconvertirse, pasar de ser una potencia naval y comercial a un imperio terrestre con abundantes recursos para alimentar y reclutar tropas.

¿Por qué basar ese imperio en Hispania, que, como hemos visto, se hallaba a una distancia considerable?

Para comprender la respuesta, conviene analizar las posibles direcciones por las que podía expandirse Cartago.

Acrecentar sus conquistas por el norte de África habría brindado a Cartago más grano y más ganado; un botín interesante, sin duda, pero cuyo comercio no rentaba tanto como el de metales, telas, perfumes u otros productos de lujo. Por otra parte, los guerreros a caballo de las tribus nómadas, aparte de ser propensos a rebelarse y a pelear entre ellos, difícilmente servirían como tropas de choque contra las sólidas legiones romanas. Empero, en las circunstancias y el terreno adecuado sus tácticas de ataque, hostigamiento y retirada demostrarían ser muy eficaces, como aprendió a su costa el procónsul Publio Escipión en tierras hispanas.

Más al sur de Numidia empezaba la región subsahariana, y pasada esta se extendía la vasta desolación del Sahara, una barrera infranqueable para cualquier ambición imperial.

En dirección opuesta, al norte de Cartago, se hallaban el Mediterráneo y las islas que antaño formaron parte de su imperio: Sicilia,

Córcega y Cerdeña. Allí mandaban ahora los romanos, así que lo mejor era no derramar lágrimas por lo que se había perdido y no se podía recuperar.

Al este también se extendían vastos desiertos, y más allá del golfo de Sirte se hallaba la próspera ciudad griega de Cirene. Atacarla habría supuesto enfrentarse con el Egipto de los Ptolomeos. A la sazón reinaba allí Ptolomeo III Evergetes; la ciudad de Alejandría se encontraba en su apogeo cultural y económico y en el mejor momento de su gran Biblioteca. Además, chocar con Egipto habría supuesto enfrentarse de rebote con las demás potencias helenísticas. A Cartago le convenía llevarse bien con ellas, ya que también eran potenciales rivales de Roma.

Eso dejaba únicamente una dirección: el oeste. Pasadas las tierras de los mauritanos se llegaba a las columnas de Heracles y, cruzando el mar que separaba estas, a Hispania. Allí aguardaba un suculento botín para quien tuviera la audacia y la energía de tomarlo. Se trataba de un territorio relativamente virgen, rico en recursos humanos y bastante civilizado en su parte meridional y oriental; mucho menos en el centro, el norte y el oeste.

Soldados de diversas tribus hispanas llevaban sirviendo como mercenarios fuera de la península desde hacía siglos, tanto al servicio de los cartagineses como de los griegos de Sicilia. Esos guerreros, fieros y bien armados, podían enfrentarse cuerpo a cuerpo incluso con las legiones romanas, siempre que los cartagineses consiguieran convencerlos para que combatieran de su parte.

No faltaban tampoco los recursos materiales. El valle del Guadalquivir rendía excelentes cultivos, y las tierras más altas se podían explotar para la ganadería. Sobre todo, en la península se encontraban los mejores yacimientos minerales del Mediterráneo, lo que la convertía en un territorio muy codiciable.

## **Fenicios y cartagineses en Hispania**

A esas alturas, la Península Ibérica no era un territorio del todo ignoto para los cartagineses. Sus hermanos de sangre, los fenicios de Levan-

te, llevaban fundando ciudades y colonias en la costa sur y comerciando con los nativos al menos desde el siglo VIII antes de Cristo. Además del importante enclave de Gadir (Cádiz), los navegantes fenicios habían fundado otras colonias como Sexi (Almuñécar), Abdera (Adra) o Malaka (obviamente, Málaga).

Más que colonias propiamente dichas, estas fundaciones eran asentamientos comerciales que los fenicios utilizaban como bases para hacer negocios con los pueblos del interior. Los fenicios llegaron a extender sus viajes también a Baleares, donde en el siglo VII fundaron la colonia de Ebussus. Este nombre, del que proviene el de Ibiza, era una adaptación griega tomada de oído de un posible original fenicio *Ibshim*, «isla de los pinos». También del término para dicho árbol, pero en este caso en griego, *pitys*, proviene el nombre de Pitiusas con el que se conoce en conjunto a Ibiza y a su vecina Formentera.

¿Qué buscaban los fenicios en Hispania? Fundamentalmente, metales, de los que por entonces existía una gran riqueza en la península: cobre, plomo, estaño, mercurio e incluso oro en los ríos del noroeste.

Sobre todo, abundaba la plata. El mítico metal del no menos mítico rey Argantonio («el hombre de la plata») que supuestamente reinó en Tartessos durante ochenta años entre los siglos VII y VI. El enigma de Tartessos ha dado y dará para escribir miles de páginas, pero como no tiene demasiada relevancia para nuestra historia lo dejaremos aquí.

Las principales ciudades fenicias, Sidón, Biblos y sobre todo Tiro, prosperaron como repúblicas comerciales de forma similar a como lo haría, mucho tiempo después, la Serenísima República de Venecia. Pero a principios del siglo VI estas ciudades cayeron en poder del Imperio babilonio y ya nunca recobraron su independencia. Su influencia y su red de colonias y factorías en el Mediterráneo Occidental fueron heredadas por la más importante de las colonias de Tiro: precisamente Cartago, cuyo nombre fenicio era *Qart-Hadašt*, la «ciudad nueva».

Dicha red de colonias incluía Hispania. Desde principios del siglo VI, todo indica que los cartagineses cerraron el paso del Estrecho de Gibraltar a los griegos y que sustituyeron a Gadir y otras colonias fenicias como principales comerciantes del oeste del Mediterráneo.

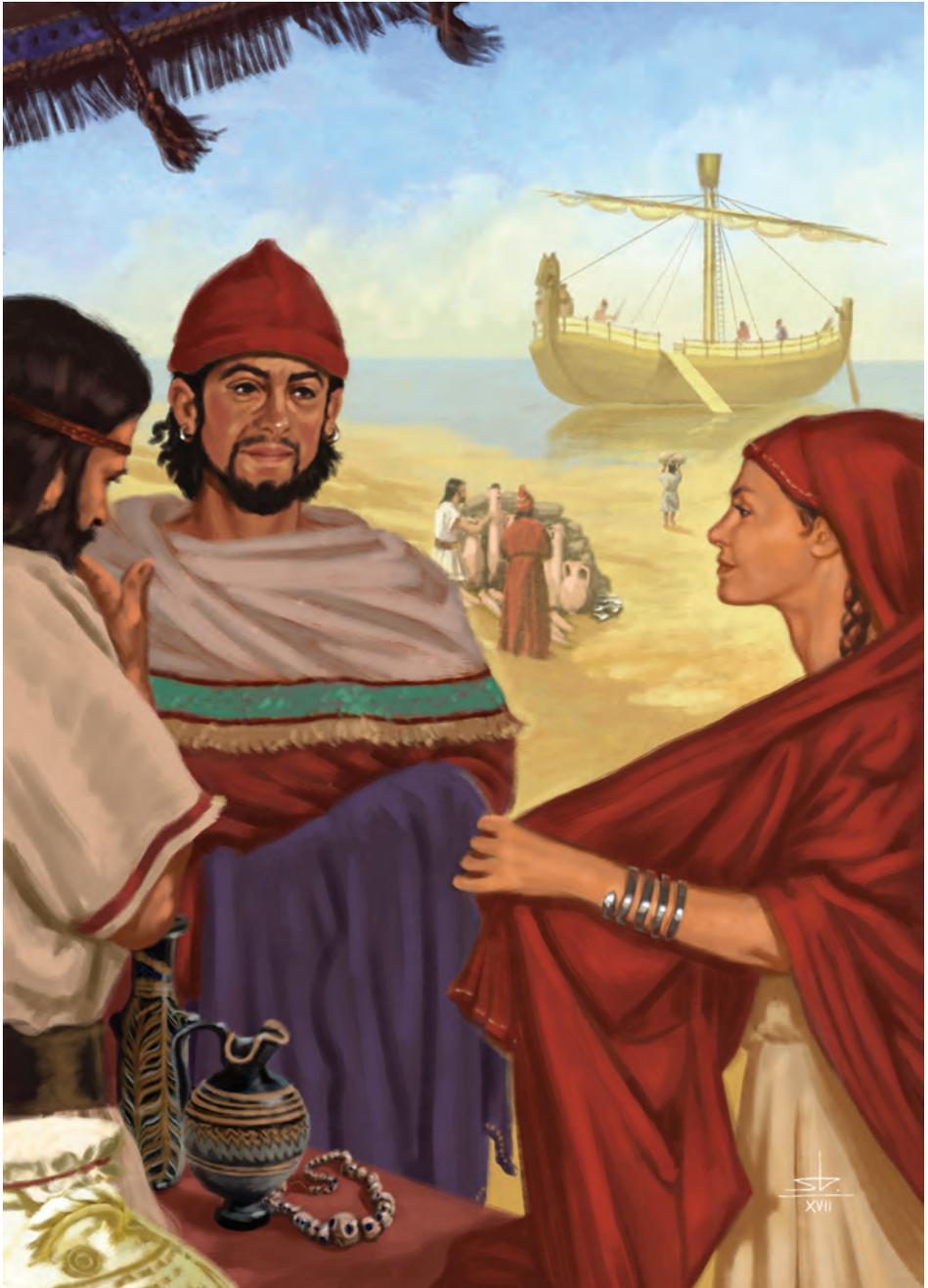
Como curiosidad, en el puerto de Ibiza se han encontrado dos piezas de cerámica de Atenas —un cuenco y un plato de pescado— con inscripciones tanto en griego como en fenicio, lo que parece indicar que los cartagineses hacían de intermediarios comerciales con piezas griegas... o simplemente que su comprador final fue un cartaginés. A menudo la arqueología tiene que basar en datos muy escasos sus interpretaciones del pasado, y esas interpretaciones deben modificarse cuando se descubren nuevas evidencias.

Desde bien pronto los intereses de púnicos y romanos empezaron a chocar, o más bien a rozarse, lo que los llevó a firmar diversos tratados, como los de los años 509 y 348. Al principio los términos resultaban más ventajosos para Cartago, la potencia predominante por aquel entonces, ya que Roma no poseía el poder que alcanzaría en siglos posteriores. Las cláusulas pactadas impedían a los romanos «recoger botín» —el comercio de la época, si las circunstancias lo propiciaban, solía convertirse en pillaje y piratería— más allá de Mastia, ciudad que diversos autores creen que se encontraba en la zona de Cartagena.

Durante aquellos siglos la presencia púnica en nuestra península no se puede calificar todavía de imperialismo. Los cartagineses se limitaban a controlar puestos y factorías comerciales de la costa y, tomándolos como bases, a comerciar con los pueblos de tierra adentro. Pero no eran ellos quienes explotaban las riquísimas minas del interior, sino que se limitaban a recibir las materias primas que les traían los nativos iberos, intercambiándolas por productos manufacturados, y a comercializarlas o llevarlas a Cartago.

### **Amílcar en Hispania**

La situación, como ya hemos visto, había cambiado radicalmente para Cartago después de la Primera Guerra Púnica. La ciudad estaba en crisis, herida en su orgullo, y para colmo tenía que pagar indemnizaciones a Roma. Los miembros de las facciones aristocráticas de Cartago pugnan de forma constante por el poder. Existían por entonces



*Mercader fenicio ofreciendo sus mercancías a una pareja hispana.*

dos bandos principales: el de Hannón, conocido como «el Grande», que pretendía centrar la política de Cartago en el norte de África; y el de Amílcar, cuyo programa de acción era conquistar y explotar la Península Ibérica.

El prestigio de su victoria en la guerra contra los mercenarios le dio a Amílcar el punto de ventaja que necesitaba para imponer sus planes sobre los de Hannón. Gracias a ese prestigio, los miembros del *adirim* le encomendaron a él llevar a cabo ese plan como general.

En el mundo antiguo no había actividad humana importante, máxime si estaba relacionada con la guerra, que no viniera precedida por un ritual religioso destinado a propiciarse la buena voluntad de las divinidades. Antes de partir hacia la península, Amílcar acudió a ofrecer un sacrificio ante el altar del más poderoso de sus dioses, Baal Shamim.

Se hallaba presente su hijo mayor, que a la sazón tenía nueve años. Cuando Amílcar le preguntó si quería acompañarlo en aquella expedición, el niño respondió con vehemencia que sí. Su padre le tomó la mano, se la puso sobre la carne ensangrentada de la víctima recién sacrificada y le dijo: «Si quieres venir conmigo, debes jurar que serás enemigo eterno de los romanos». «Lo juro», contestó el muchacho, y no se trató de un voto inane, pues durante el resto de su vida mantuvo su palabra.

El nombre de aquel chico, como los lectores habrán imaginado, era Aníbal. Tal como se desencadenaron los hechos, fue él el principal causante de que las legiones de la República plantaran sus botas en Hispania. Conociendo las tendencias imperialistas de los romanos, aunque Aníbal no hubiese existido seguramente habrían acabado por conquistar nuestra península, pero mucho más tarde. Parece más lógico que hubieran concentrado antes sus esfuerzos en regiones más cercanas, como la Galia Transalpina, Nórico o Dalmacia. Sin embargo los acontecimientos, tal como vamos a ver enseguida, adelantaron la conquista de nuestra península.

Antes de dirigirse a Hispania, acompañado entre otros allegados por su hijo Aníbal y por su yerno Asdrúbal, conocido como «el Bello», Amílcar trató de asegurar el dominio cartaginés en el norte de África

hasta las Columnas de Hércules (de Melkart para los púnicos). Una vez pacificada la zona, cruzó con sus barcos y sus hombres el Estrecho de Gibraltar; obviamente, todavía no se llamaba así, pues le debe el nombre de Jab al-Tarik al caudillo bereber Tarik.

En el año 237 el ejército de Amílcar desembarcó en la ciudad de Gadir. No está muy claro qué relación mantenía en aquel momento la ciudad gaditana con Cartago, si amistosa, neutra o más bien hostil. Es de suponer que a los gaditanos no les quedó otro remedio que ceder independencia y entregarse al poderoso ejército púnico.

Gadir era en origen una ciudad fenicia, fundada por colonos de Tiro con el nombre de *Gdr*, «lugar amurallado». Según la tradición esto ocurrió ochenta años después del final de la Guerra de Troya, en 1104. Sin embargo, no se han encontrado restos arqueológicos anteriores al siglo VIII; si Gadir se fundó en torno a estas fechas, sería más o menos coetánea de Cartago.

En aquellos tiempos Gadir era una isla, o más bien un pequeño archipiélago. Tanto fenicios como griegos procuraban fundar sus colonias en islas muy cercanas a la costa, o al menos en promontorios de acceso estrecho. Eso les permitía controlar con facilidad el litoral y, al mismo tiempo, defenderse de la posible hostilidad de los nativos gracias a la protección natural que les brindaba el mar. Con el tiempo, los sedimentos arrastrados por el río Guadalete han ido rellenando el estuario en el proceso conocido como colmatación, hasta que Cádiz ha dejado de ser una isla.

Gadir era un enclave básico para los cartagineses. Para empezar, contaba con un puerto magnífico. Su situación era estratégica como punto de partida para las rutas del Atlántico que los fenicios exploraban en busca del cobre y el estaño de las llamadas Casitérides. (Con el nombre de Casitérides los griegos se referían a todas las zonas productoras de estaño más allá de Gibraltar, desde el noroeste de Hispania hasta las Islas Británicas).

Por otra parte, Gadir dominaba la fértil vega del río Guadalete, recibía mercancías y alimentos del valle del Guadalquivir y era asimismo rica en pesca. Todo ello hizo que la ciudad prosperara y que en ella se desarrollasen industrias muy florecientes, como la de salazón de pescado.

También destacaba por sus templos, sobre todo el de Melkart, dios al que los griegos identificaron con Heracles y los romanos con Hércules.

Tomando Gadir como punto de partida, Amílcar y sus tropas empezaron a penetrar hacia el nordeste. Era la primera vez que un ejército cartaginés y por ende africano actuaba en la Europa continental, y también la primera ocasión en que la Península Ibérica entraba en el gran juego político y militar de las potencias del Mediterráneo.

En esta ocasión no se trataba de desembarcos pacíficos de a lo sumo unos centenares de comerciantes fenicios para intercambiar productos, sino de miles de guerreros armados hasta los dientes, con caballería y elefantes de combate. Muchas tribus locales interpretaron certeramente que se hallaban ante una invasión. Los turdetanos del valle del Guadalquivir, que no estaban dispuestos a perder su independencia sin más, pidieron ayuda o contrataron como mercenarios a bandas de guerreros celtas mandados por un caudillo llamado Istolacio y por un hermano de este cuyo nombre desconocemos.

El historiador que narra los hechos, Diodoro Sículo, no precisa el nombre de la tribu de dichos guerreros, pero es probable que se tratara de los *Celtici*, un pueblo que habitaba entre el Guadiana y el Atlántico. Que dichos *Celtici* se aliaran con los turdetanos a cambio de una paga era algo muy habitual. Tanto las tribus iberas como las celtíberas salían a menudo de sus territorios y combatían como mercenarios para otros pueblos hispanos, para los cartagineses o, más adelante, para los mismos romanos.

Las tropas de Amílcar derrotaron a las de Istolacio, que pereció en el combate. Tras esta primera victoria, el general cartaginés se adueñó de la parte baja del valle del Guadalquivir y reforzó su propio ejército reclutando a la fuerza a tres mil prisioneros.

No obstante, las tribus locales siguieron ofreciendo resistencia a lo que cada vez veían más claro como una invasión en toda regla. Otro caudillo llamado Indortes reunió a cincuenta mil hombres y se enfrentó a Amílcar. Puede que la cifra sea exagerada, como suele ocurrir en los textos antiguos; pero no cabe duda de que Indortes debía de poseer una red de influencias regionales lo bastante extensa como para reclutar un gran ejército.

Por aquel entonces, en las zonas ibéricas del sur y el este de Hispania, más desarrolladas que las del interior, se estaban produciendo una serie de cambios sociales que se reflejaban en la práctica de la guerra. Unos siglos antes, cuando las comunidades eran más pequeñas, la guerra consistía más en pillaje y depredación que en conquista: bandas de algunos centenares de guerreros, la mayoría de ellos vinculados a sus jefes por juramentos y relaciones clientelares, que invadían el territorio de otra comunidad enemiga para saquear sus campos y robar su ganado. En ocasiones se producían batallas campales, pero siempre a una escala de magnitud reducida.

En el siglo III, sin embargo, en las regiones hispanas que hemos señalado, algunas comunidades habían crecido lo bastante como para acrecentar su poder y absorber bajo su dominio a otras más pequeñas que tenían que pagarles tributo y aportar tropas cuando se lo pedían.

En su libro *Armas de la antigua Iberia* (p. 265) el experto Fernando Quesada hace un cálculo demográfico sobre las diferentes operaciones militares que se producían en la península en aquella época. Las típicas expediciones de pillaje podían mover como mucho unos cientos de guerreros. Guerras entre comunidades, con caudillos importantes que dominaban sobre varias poblaciones, podrían movilizar hasta unos siete mil hombres. Solo «el esfuerzo máximo de una confederación de varios pueblos podría llegar a los 25.000–40.000 efectivos» (*op. cit.*). En el caso que nos ocupa, el de Indortes, se trataba de esto último, lo que demuestra que las poblaciones del sur de Hispania consideraban la llegada de los cartagineses una amenaza lo bastante grave como para olvidar rencillas internas, renunciar a las guerras endémicas entre ellos y aliarse contra el invasor.

Dicho esto, no hay que caer en anacronismos nacionalistas más típicos del siglo XIX y pensar que Hispania era una unidad política y social, como tampoco lo eran Galia o Italia —si bien esta empezaba a serlo merced a la acción de Roma—. Los pueblos hispanos se aliaban algunas veces entre ellos para oponerse a cartagineses o romanos, pero también se unían a los extranjeros a la hora de combatir con tribus vecinas rivales.

Volviendo al ejército de Indortes, por muy numeroso que fuera, su comportamiento a la hora de actuar hace pensar más en una horda desorganizada: antes de entrar en combate la mayoría de sus hombres se dispersaron en desbandada y lo dejaron prácticamente abandonado a su suerte.

Indortes se hizo fuerte en una colina con sus seguidores más acérrimos, y después de anochecer trató de huir al amparo de la oscuridad. Sin embargo, los centinelas cartagineses lo descubrieron y apresaron. Amílcar, decidido a evitar que otros caudillos o reyezuelos siguieran el ejemplo de Indortes, recurrió con él a la táctica del terror. Imitando el bárbaro comportamiento de los mercenarios en la Guerra sin Tregua, hizo que le sacaran los ojos, lo mutilaran —probablemente la mutilación incluyó castrarlo— y lo crucificaran. Por otra parte, liberó a los diez mil prisioneros que cayeron en sus manos. Aquello anunciaba un mensaje muy claro: los habitantes del lugar podían sentirse seguros con Amílcar, pero cualquier líder que intentara oponérsele sufriría el mismo destino que Indortes. Gánate a las bases y aterroriza a los dirigentes, diríamos ahora.

Mezclando fuerza y diplomacia en proporciones variables, Amílcar y sus hombres fueron remontando el fértil valle del Guadalquivir. Este era de por sí una presa muy apetecible, pero lo que le interesaba se encontraba al nordeste: la zona de Castulo, en Sierra Morena.

En aquel tiempo, esa región y el otro gran distrito minero, el de La Unión —hacia el que Cartago extendería sus tentáculos a continuación—, producían plata, cobre y plomo en abundancia, además del mercurio y el minio de Sisapón (Almadén).

Amílcar tenía sobradas razones para interesarse por las minas hispanas. Como ya quedó dicho, el tratado de paz vigente obligaba a Cartago a indemnizar a Roma con doscientos veinte talentos de plata al año. En números redondos, ese dinero podía pagar el salario anual de catorce mil legionarios, es decir, de unas tres legiones. Teniendo en cuenta que Cartago dependía en gran medida de tropas mercenarias, los doscientos veinte talentos que le entregaba a Roma significaban que le estaba subvencionando al enemigo la manutención de catorce mil hombres y que, al mismo tiempo, perdía esa suma para abonar el

sueldo de otros tantos soldados para su propio ejército. En la práctica, la indemnización podía traducirse en una diferencia militar entre ambas potencias de casi treinta mil hombres. Así pues, conseguir nuevos ingresos para compensar esta sangría no era una cuestión baladí.

De ahí el afán de Amílcar y del Senado cartaginés por administrar por su cuenta las zonas mineras del sur de la península en lugar de limitarse a negociar con las tribus autóctonas que las trabajaban hasta aquel momento. La conquista, además, acarreó una explotación más intensiva y racional en la que los cartagineses aplicaron métodos de extracción desarrollados en el mundo helenístico y en su propia patria.

Para hacernos idea de lo importante que resultaba para los púnicos controlar las minas, solo el pozo de Baebelo, en la zona de La Unión, reportaba a los cartagineses trescientas libras de plata al día, lo que suponía al año mil trescientos talentos. Una auténtica fortuna.

### **Conquistadores e imperialistas: ¿solo los romanos?**

El término «controlar» que acabo de utilizar al hablar de las minas no es más que un eufemismo para «conquistar». Pues, pese a ciertas teorías, no eran los romanos los únicos conquistadores ni imperialistas de la época.

Un libro en particular ha ejercido una gran influencia en este sentido: *Guerra e imperialismo en la Roma republicana*, de William V. Harris. Esta obra sostiene que Roma era una ciudad especialmente agresiva y codiciosa, y que fueron las ansias de gloria y dinero de sus élites —la casta senatorial y el orden ecuestre— las que la llevaron a conquistar el Mediterráneo. Algo así como si Roma hubiera sido un lobo suelto en medio de un rebaño de pacíficas ovejas.

En realidad, en igualdad de condiciones todos los pueblos de la Antigüedad se comportaban de forma parecida. Cuando un estado o una tribu se sentía más poderoso que sus vecinos, trataba de arrebatarles sus bienes y, en muchas ocasiones, incluso sus tierras. En cuanto a sus habitantes, a menudo los masacraban, los convertían en esclavos o, en el mejor de los casos, en súbditos.

En aquellos tiempos la situación más habitual de las relaciones entre los diversos pueblos era la guerra. En todos los estados existían aristocracias hambrientas de honor que perseguían ideales heroicos y se complacían en las hazañas y trofeos de sus antepasados. Cartago, supuesta víctima de la agresividad romana en la visión de algunos autores, no constituía ninguna excepción. Como tampoco lo eran las diversas tribus hispanas, conocidas desde la Antigüedad por su belicosidad.

En ese aspecto, me resulta más convincente la tesis del historiador Arthur M. Eckstein en su libro *Mediterranean Anarchy, Interstate War and the Rise of Rome*. Según este autor, todos los estados del Mediterráneo en la Antigüedad, fueran superpotencias, poderes de segunda fila o pequeñas ciudades estado, se veían presionados por las características de un sistema interestatal que no podían controlar y que, quisieran o no, los arrastraba a conflictos constantes.

Eckstein define dicho sistema como una «anarquía multipolar». Multipolar porque convivían varios estados de poder equiparable: Roma, Cartago, los reinos helenísticos. Anarquía porque apenas existían leyes internacionales, aparte de ciertas normas de derecho de gentes, como por ejemplo, no asesinar a los embajadores de otro estado; norma que, no obstante, se quebrantaba en bastantes ocasiones.

El sistema se regulaba —es un decir— por equilibrios de poder cambiantes, entendiendo por poder básicamente la fuerza militar, ya que el peso de la economía en este balance no era comparable al que tiene hoy día. El principal objetivo de todos los estados era autoprotegerse y sobrevivir. Para asegurarse de ello, cada estado individual se veía obligado a incrementar su poder, como estaba haciendo Cartago al conquistar el sur de Hispania, o a buscar aliados fuertes que lo protegieran —en breve veremos el ejemplo de Sagunto—. El débil o el que cometía errores simplemente perecían, a veces hasta el extremo de desaparecer físicamente del mapa, como le sucedió a la ciudad griega de Síbaris en Italia. La supervivencia era un asunto muy serio con el que no se jugaba; algo que hoy día saben muy bien los ciudadanos de Israel y que nosotros los europeos, por suerte, prácticamente hemos olvidado.

Pero no bastaba con tener poder: también había que aparentarlo para intimidar a posibles agresores. Por eso el prestigio era exagerada-

mente importante. Las grandes potencias como Roma y Cartago no podían permitirse ser humilladas a ojos de los demás estados.

Para un estado, una buena forma de acrecentar el prestigio era conseguir que otras comunidades menores se acogieran a su protección. Sin embargo, esta clase de patronazgo acarreaba sus obligaciones: había que intervenir militarmente para ayudar al estado cliente, ya que de lo contrario la reputación propia quedaba menoscabada. Eso provocaba que a veces conflictos locales, como el de Sagunto contra sus vecinos los turboletas, se convirtieran en guerras a gran escala; en este caso, la de Roma contra Cartago.

Por engordar ese prestigio y atemorizar a posibles rivales, muchos estados trataban de aparentar más poder del que poseían: eso explica, por ejemplo, las enormes máquinas de guerra de los reinos helenísticos, los barcos con miles de remeros que apenas podían navegar o los desfiles y celebraciones desaforados con que sus monarcas competían entre sí. Combinando esa búsqueda de las apariencias con el hecho de que la inteligencia militar no estaba demasiado desarrollada, la consecuencia era que los estados de la época ignoraban muchas cosas de los demás: tanto las intenciones, fueran hostiles o no, como la capacidad militar.

«Ignorancia» es una palabra clave en este contexto: la ignorancia genera desconfianza, y esta a su vez provoca hostilidad, de la que resulta fácil pasar a la agresión.



Concretando todo esto con el caso de Cartago y su expansionismo en la Península Ibérica, se ha aducido a menudo que se veía obligada a esta política de expansión por la presión que le suponía pagar a Roma. Resulta verosímil que esa presión económica fuese una de las razones de origen para conquistar el sur de la península. Pero, una vez que los cartagineses afianzaron su control en Hispania, la plata que extraían de sus minas les bastaba y les sobraba para pagar su deuda anual con Roma. ¿Qué hacían con el excedente? Alistar y mantener tropas en número creciente. Y todo induce a sospechar que Amílcar no reclutaba esos contingentes con fines estrictamente defensivos.

Nada más lejos, pues, de la realidad que cierta imagen de Cartago como una ciudad de pacíficos mercaderes, víctimas del agresivo imperialismo romano. No hay que olvidar el pasado de Cartago. Desde el siglo VI había combatido en batallas navales contra los griegos para dominar el comercio del Mediterráneo Occidental. También había utilizado el mismo recurso que usarían los romanos en lugares como Grecia, Hispania o la Galia: aprovechar que una ciudad más pequeña, como Motia, les pedía ayuda para plantar una cuña en un territorio (en este caso Sicilia) y no marcharse ya de él.

Antes de la Primera Guerra Púnica, los dominios de Cartago en África y Sicilia tenían una extensión mayor que los de Roma y sus aliados; en ellos plantaba guarniciones militares y cobraba tributos. De todo ello se enriquecía la aristocracia púnica, cuyos miembros no se limitaban a ser taimados mercaderes como ciertos estereotipos antisemitas han vendido. Sus ciudadanos sabían combatir cuando era necesario, como demostraron en la guerra contra los mercenarios o cuando defendieron su ciudad con uñas y dientes en la Tercera Guerra Púnica. Ahora bien, si necesitaban mercenarios, a diferencia de Roma, era porque contaban con un número de ciudadanos relativamente reducido, algo que también les sucedía a los reinos helenísticos del Mediterráneo Oriental.

### **La primera embajada romana a Hispania**

Las actividades de Amílcar en la península no tardaron en despertar la desconfianza de los romanos. En 231 enviaron una legación a Hispania con el fin de averiguar qué tramaba el general cartaginés.

Los embajadores, al parecer, se presentaron con la prepotencia habitual de los romanos, muy crecidos por sus últimos éxitos militares y confiados en el poder casi mágico de aquellas togas purpuradas que proclamaban con orgullo: «Somos ciudadanos romanos».

Aquella visita de control en un territorio que teóricamente ni le iba ni le venía a Roma debió de sentar muy mal a los cartagineses, y contribuyó muy poco a que se rebajaran las tensiones entre ambos

estados. Pero Amílcar, que todavía no se veía en una situación lo bastante ventajosa como para hacerse el ofendido, disimuló, mostró a los enviados sus actividades con la amabilidad de un guía turístico y les explicó por qué estaba en Hispania: su ciudad necesitaba la plata para pagar a Roma la indemnización de guerra que todavía le adeudaba.

¿Convenció aquella explicación a los embajadores? Posiblemente no. Pero ellos también tuvieron que disimular, fingiendo que creían a Amílcar, y regresaron sin reprocharle nada. Aunque en aquel momento Roma se sentía superior a Cartago, no podía hacer gran cosa por entorpecer sus planes. Se hallaba demasiado ocupada en la guerra contra la reina Teuta en Iliria (país que ocupaba más o menos el territorio de la extinta Yugoslavia) y en luchas contra los galos del valle del Po.

En cualquier caso, los romanos debieron de pensar que Hispania se encontraba muy lejos y que lo que pudieran hacer allí los cartagineses no suponía ninguna amenaza inmediata para la República.

No tardarían en comprobar cuán equivocados estaban.

### **El final de Amílcar**

Una vez dominado el valle del Guadalquivir, Amílcar prosiguió sus campañas hacia Levante. Allí fundó una ciudad que, según los historiadores, bautizó como Akra Leuke. El nombre, «Punta Blanca», es griego; es de suponer que habría un equivalente en el idioma púnico. Muchos autores creen que podría tratarse de la ciudad que los romanos llamaron Lucentum (traducción casi literal de Leuke, «brillante») y que después, a través del árabe, se convirtió en Alicante.

En realidad, el emplazamiento de Akra Leuke no está demasiado claro. Hay expertos que opinan que podría encontrarse tierra adentro, más cerca de Sierra Morena que del mar. En cualquier caso, la intención de Amílcar era convertir esta ciudad en su nuevo centro de operaciones, pues estaba mejor situada que Gadir para controlar las zonas mineras.

Para entonces, Amílcar mandaba un ejército de cincuenta mil hombres bien adiestrados, contaba con una caballería excelente y con

cien elefantes cuyo efecto psicológico sobre los enemigos resultaba incluso más devastador que el daño material. Cartago, que tradicionalmente había sido una potencia naval —llegó a movilizar hasta trescientas cincuenta naves de guerra en la Primera Guerra Púnica—, se había convertido ahora en una potencia terrestre.

Que Amílcar apostara por el ejército de tierra tiene su lógica, ya que había cosechado sus éxitos militares mandando tropas de infantería. Por otra parte, si Cartago se hubiera dedicado a construir barcos en masa para recuperar el dominio del Mediterráneo, difícilmente habría podido ocultarlo a los espías romanos, por mucho que, como hemos comentado, la inteligencia militar de la época fuera un tanto primitiva. En tal caso, Roma se habría preocupado por la amenaza de una posible invasión de sus costas y habría tomado medidas más contundentes que despachar una simple embajada.

En el invierno de 229-228 Amílcar dejó la mayor parte de sus tropas en Akra Leuke, su nuevo centro de operaciones, y con fuerzas relativamente reducidas se dirigió a asediar otra ciudad cercana llamada Hélice. Suele identificarse con Elche, aunque, de nuevo, existen argumentos en contra, y bien podría tratarse de Elche de la Sierra, en Albacete.

Los habitantes de Hélice pidieron ayuda a unos vecinos situados al oeste, los oretanos, quienes acudieron acaudillados por su rey Orisón. Amílcar, que se encontró de repente en inferioridad numérica, se vio obligado a retirarse de forma precipitada. Para salvar a sus hijos Aníbal y Asdrúbal, que tenían dieciséis y catorce años respectivamente —no confundir a este Asdrúbal con el yerno de Amílcar, Asdrúbal el Bello—, los envió por otro camino, mientras él trataba de atraer tras de sí a los perseguidores. Su huida a caballo lo llevó hasta la orilla de un río que intentó cruzar, pero el ímpetu de la corriente, acrecentada por las lluvias invernales, lo descabalgó, y murió ahogado.

Existe otro relato más pintoresco sobre su muerte. La mayoría de los historiadores lo consideran una invención posterior, pero merece la pena contarlo. Antes de atacar a los cartagineses, los oretanos mandaron contra ellos grandes carretones tirados por bueyes y cargados de paja. Al principio los soldados púnicos se burlaron de aquello. Las risas

se les borraron del rostro cuando vieron que los oretanos disparaban flechas flamígeras contra los carros: la paja prácticamente estalló en llamaradas que hicieron cundir el pánico entre las filas cartaginesas. Durante la estampida humana que se produjo a continuación, Amílcar cayó al suelo y pereció pisoteado por sus propios hombres.

Fuera de una manera o de otra, el mejor general de Cartago falleció a los cincuenta años sin ver cumplido su sueño de vengarse de los romanos. Ese sueño lo heredaría su hijo Aníbal, pero no de inmediato, ya que todavía no había cumplido veinte años. Tampoco podían hacerlo sus dos hermanos, Asdrúbal Barca y Magón, que eran incluso más jóvenes que él. En aquel momento las tropas decidieron aclamar como general a Asdrúbal el Bello, yerno de Amílcar, un hombre de comprobada experiencia guerrera, que poco antes había sofocado una revuelta de las tribus númeridas en el norte de África. Más tarde, el Senado cartaginés refrendó esa elección.

### **Asdrúbal y Cartago Nova**

Asdrúbal continuó la labor de Amílcar, combinando operaciones bélicas con acciones diplomáticas para asegurar el dominio púnico en Hispania, la base desde la que los Bárcidas pretendían iniciar su guerra contra Roma.

Escarmentado por lo que le había ocurrido a Amílcar, Asdrúbal pidió refuerzos de África. Cuando los recibió, lo primero que hizo fue vengar la muerte de su suegro aplastando a los oretanos y conquistando sus doce ciudades. Aunque los cronistas relatan muy someramente esta campaña, debió de resultar bastante complicada, ya que los enclaves oretanos eran fortalezas situadas sobre montes fáciles de defender y difíciles de expugnar.

Aparte de la revancha, existían más motivos que empujaron al flamante general a llevar a cabo aquella ofensiva. Asdrúbal no podía permitir que el prestigio de Cartago quedara menoscabado. De lo contrario otros pueblos ya sometidos le perderían el respeto y podrían rebelarse contra él: ya se ha mencionado lo importante que era para

un estado no solo ser poderoso, sino también parecerlo. Además, también contaba el interés económico; entre las ciudades que tomó Asdrúbal se encontraban enclaves mineros tan importantes como Castulo o Sisapón.

Después de su victoria, Asdrúbal se casó con una princesa ibera. Con aquel vínculo de alianza trataba de demostrar que los cartagineses no habían venido a Hispania meramente para explotarla. No se sabe si Asdrúbal había enviudado de su anterior esposa, la hija de Amílcar, o si practicó la bigamia por motivos políticos (en principio, los cartagineses eran de costumbres monógamas). También arregló la boda de su cuñado Aníbal con una princesa de Castulo.

Poco después, en 227, Asdrúbal fundó una ciudad a la que, siguiendo la tradición púnica, bautizó *Qart-Hadašt*, «ciudad nueva». Para no confundirla con su metrópolis, los romanos la denominaron Cartago Nova, lo que supone una redundancia: «Nueva Ciudad Nueva».

El lugar elegido era excelente. Cartago Nova, la futura Cartagena, gozaba de una situación mucho mejor que Gadir para el contacto con la Cartago original, pues se hallaba casi quinientos kilómetros más cerca. Contaba con un puerto natural, resguardado de vientos y mareas. La ciudad en sí se alzaba en una pequeña península fácilmente defendible, con el mar al sur y al oeste, y protegida al norte por una marisma de cierta profundidad.

Esta península tenía cinco cerros. En el más elevado, situado al oeste y conocido hoy como Molinete, Asdrúbal se hizo construir un fastuoso palacio en cuyas ruinas lleva años trabajando el equipo del arqueólogo vallisoletano Iván Negueruela. (Volveremos a hablar con más detalle de la topografía de Cartago Nova a raíz de las campañas de Escipión).

Por otra parte, en las cercanías de la ciudad se encontraba la sierra de Cartagena-La Unión, un enclave minero que estuvo funcionando hasta finales del siglo I después de Cristo, y que se volvió a explotar con nuevas tecnologías desde el siglo XIX hasta los años noventa del XX. La razón de esta riqueza metalífera es que hace siete millones de años —anteayer en términos geológicos— se produjo un intenso vulcanismo en la zona. Aguas termales a temperaturas muy elevadas ascendie-



*Cartago Nova, con el palacio de Asdrúbal a la izquierda.*

ron hacia la superficie, arrastrando con ellas grandes cantidades de metales en disolución. Estos metales se precipitaron después en las grietas y fallas de las montañas, lo que originó los ricos filones que después explotarían tanto mineros antiguos como modernos.

Además de su riqueza en metales, la zona de Cartago Nova contaba con explotaciones de sal e industrias de pesquería y salazón, y también con campos de esparto, un material que se utilizaba para todo tipo de ropas y utensilios y, sobre todo, para el mantenimiento de los barcos. En suma, la nueva ciudad ofrecía un futuro muy prometedor como enclave del poder púnico en Europa o, quién sabe, como la capital de un nuevo imperio gobernado personalmente por Asdrúbal.

### **El tratado del Ebro**

Después de la primera embajada en 231, los romanos ya no apartaron sus ojos de Hispania. Era lógico que les preocupara el creciente poderío de Cartago: su rival ya controlaba casi media península —la parte más rica, a falta de los yacimientos de oro del noroeste— y contaba cada vez con más recursos. De los fértiles valles del Guadalquivir y otros ríos cercanos los cartagineses obtenían abundantes cosechas de cereales, olivos y vides, gracias a los métodos avanzados de cultivo que se habían desarrollado en la propia Cartago. (Magón, un autor púnico, escribió un tratado *Sobre agricultura* en veintiocho volúmenes que alcanzó un gran prestigio en la propia Roma). Las tierras altas del interior, sin ser tan feraces, les servían para criar ganado y para una agricultura extensiva no desdeñable.

Pero lo que más envidiaban los romanos eran las fabulosas minas hispanas, y lo que más les preocupaba era que Cartago contaba con una base cada vez más amplia en la que reclutar tropas iberas y celtas de calidad. A esas alturas, los cartagineses habían compensado y superado la pérdida de Sicilia, Córcega y Cerdeña, y amenazaban con superar en recursos materiales y humanos a la República.

Por tal razón, en el año 226 el Senado despachó una nueva embajada. Su misión era poner límites a la expansión púnica. En lugar de

enviar a los embajadores a la Cartago original, los mandaron a la nueva, para que trataran directamente con Asdrúbal en su fastuoso palacio. Eso sugiere que los romanos veían al yerno de Amílcar como un dirigente casi plenipotenciario. De hecho, Asdrúbal se había autoproclamado general *autokrátor* de todos los iberos, título en el que se reconoce la influencia de los soberanos helenísticos de la época, cuya pompa y parafernalia adoptó en buena parte. Hay quienes han pensado incluso que Asdrúbal planeaba crear su propio Estado; aunque el hecho de que llamara también Cartago a su fundación parece sugerir que, más que un reino independiente, pretendía que fuera una ciudad hermana de la metrópoli.

Es de suponer que las negociaciones entre Asdrúbal y los embajadores romanos fueron arduas. El resultado fue el celeberrimo tratado del Ebro. Del que, aunque lo acabo de calificar como «celeberrimo», se desconocen los términos exactos. Básicamente, en él se estipulaba que los cartagineses no podrían viajar al norte del Ebro llevando armas. En reciprocidad, tampoco las tropas romanas podrían traspasarlo hacia el sur.

Como suele ocurrir al referirnos a épocas tan remotas, los hechos no están tan claros como deseáramos. Las fuentes antiguas que mencionan el tratado hablan de un río denominado «Íber» en griego e «Hiberus» en latín, que la mayoría de los autores posteriores han identificado con el Ebro. Pero también hay historiadores que consideran que esa supuesta frontera se hallaba demasiado al norte de Cartago Nova, lo que supondría para los romanos ceder excesivo terreno a sus rivales. Para dichos autores, el Hiberus sería en realidad el Júcar o el Segura.

Como sea, no disponemos aquí de espacio para discutir los pros y contras de las diversas opiniones, por lo que aceptaremos la tesis tradicional de identificar al actual Ebro como la divisoria del tratado. Es cierto que este río se encontraba muy lejos de Cartago Nova, pero con sus casi mil kilómetros de longitud trazaba una frontera muy clara de zonas de influencia.

El Ebro, además, se hallaba lo bastante apartado de los Pirineos como para que la cercanía de las tropas de Asdrúbal no pusiera nervio-

sa a la ciudad griega de Masalia, la gran aliada de Roma en el sur de la Galia. Por otra parte, ese extenso territorio intermedio —toda Cataluña, Navarra y medio Aragón actuales— serviría de cojín para mantener bien separados a cartagineses y galos, no fueran a hacer buenas migas.

Hay que decir que, desde que una tribu mandada por el caudillo Breno saqueara Roma en 387, los galos se habían convertido en la peor pesadilla de los romanos. Su temor estaba más que justificado, pues por aquellas fechas se hallaban envueltos en una dura guerra contra ellos en el norte de Italia. Apenas un año después de firmar el tratado con Asdrúbal, dos ejércitos consulares romanos libraron una terrible batalla en Telamón contra setenta mil invasores galos. El resultado fue una de las victorias más importantes de la historia de Roma. Pero esa victoria pendió de un hilo, y en la invasión los romanos corrieron un peligro tal como no se recordaba desde hacía generaciones.

Si añadimos que Aníbal, el sucesor de Asdrúbal, buscó y consiguió la ayuda de varias tribus galas en su guerra contra Roma, comprendemos que el temor de una alianza entre púnicos y galos no era ninguna fobia paranoica, sino que se hallaba bien justificado.

En cualquier caso, el tratado del Ebro resultó muy ventajoso para los cartagineses. Eso demuestra que su posición negociadora había mejorado mucho desde que los romanos les arrebataran de forma tan humillante Córcega y Cerdeña. En Hispania los cartagineses eran fuertes, muy fuertes. A esas alturas su ejército contaba con sesenta mil soldados de infantería entre africanos e hispanos, más una excelente caballería de ocho mil jinetes y doscientos elefantes.

Para agravar la situación desde el punto de vista romano, Cartago había terminado de satisfacer su deuda de guerra. Eso privaba al erario de la República de aquella subvención que, como ya comentamos, equivalía al salario de tres legiones, y significaba que los beneficios de las minas hispanas iban a parar íntegramente a Cartago. No de forma literal: aunque la metrópoli recibía una inyección constante de riquezas que engrasaba de forma conveniente la popularidad de los Bárcidas, una buena parte de la plata hispana se quedaba en la península para acuñar moneda y pagar a aliados y mercenarios. Se han encontrado en

España muchas monedas con símbolos típicamente cartagineses en una cara —elefantes, palmeras— y en la otra imágenes del dios Melkart tocado con una piel de león al modo de Heracles.

Por muy preocupados que estuvieran, los romanos no podían hacer mucho más en aquella tesitura. Seguían con las manos atadas por culpa de sus luchas contra los galos y una nueva guerra en Iliria. De momento, en Hispania solo podían poner los ojos y los oídos, no las manos ni los pies.

Aunque esa situación no tardaría en cambiar.